

Sumario:

Monseñor Estanislao Esteban Karlic profundiza en la verdad sobre Jesucristo y sobre la Iglesia en Puebla. La verdad sobre Jesucristo comienza a desarrollarse desde la pregunta del Señor a los discípulos: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" Puebla, que enfrentaba el peligro del desvanecimiento del misterio de Cristo, confiesa la divinidad del Señor. El misterio entero de Cristo, Dios y Hombre, es el fundamento para una correcta evangelización. La verdad sobre la Iglesia es inseparable de la verdad sobre Jesucristo porque El mismo la fundó, constituyéndola como sacramento universal y necesario de salvación. El autor destaca algunos elementos eclesiológicos fundamentales: Pueblo de Dios; signo e instrumento de comunión; familia de Dios; Iglesia de la Evangelización, lo cual constituye su más profunda identidad; María, Madre y modelo de la Iglesia.

La respuesta de Puebla

La verdad sobre Jesucristo y la Iglesia

Monseñor Estanislao Esteban Karlic
Arzobispo Emérito de Paraná – Argentina

Una respuesta de fe

La Conferencia de Puebla era muy conciente de que debía dar una respuesta de fe, enmarcada en los grandes misterios de la revelación divina.

La primera razón era el tema -la Evangelización - y sus pastores, los Obispos que, como tales, deben conducir a su pueblo con la Palabra de Dios y no con la sabiduría del mundo.

La segunda, que se habían dado errores en el uso de las ciencias humanas, y en especial, se había intentado justificar la utilización del análisis marxista para estudiar la sociedad. Puebla nunca pudo rechazar el valor de las ciencias humanas. También se valió de ellas. Sabía lo que expresa hermosamente Juan Pablo II en *Fides et Ratio*: "La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el Espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad".

Pero Puebla sabía también que "en realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado" (GS 22) y que por lo tanto, sin la fe no se puede entrar a lo profundo del corazón del hombre y de los pueblos, ni tampoco ascender a las entrañas del misterio de Dios, que es el destino de todos.

En Puebla, la opción por la fe fue opción por Dios y por el hombre. Esta elección, ya clara y firme en el tiempo de la preparación debe ser muy valorada. Creó un hondo clima espiritual y pastoral.

La fe tiene como maestros auténticos a los obispos presididos por el Papa. Los Obispos Latinoamericanos en profunda comunión con el Santo Padre, debían procurar que el documento conservara claramente la condición de magisterio episcopal. Eran bienvenidas

las propuestas auténticas, pero no aceptadas sin discernimiento. Se rechazó fuertemente todo intento de influencias de grupos que se habían llamado “magisterio paralelo”. La Conferencia conservó celosamente su libertad, no sin esfuerzos notables.

Se tenía la conciencia de la eclesialidad del acontecimiento de Puebla: estábamos celebrando la fe como expresión de la Iglesia.

La Iglesia en América Latina salió fortificada no sólo por la doctrina eclesiológica elaborada, sino también por el acontecimiento mismo del encuentro. La ley de la comunión del Pueblo de Dios se escribía no sólo en los papeles sino mucho más en el corazón de los participantes.

La fe es un acto libre que debe ser siempre defendido en el individuo y en las comunidades. Puebla no fue sólo solución de una coyuntura de peligro, sino manifestación de la naturaleza de la Iglesia y de la evangelización.

El magisterio debía ser coherente en su enseñanza. Por eso, desde la preparación se tuvo en cuenta la conveniencia de redactar un sólo documento en lugar de varios, como sucedió en Medellín. Los reduccionismos en la selección de los documentos y los temas de Medellín, hecha por algunos de sus comentaristas que habían generado interpretaciones erróneas, recomendaban fuertemente que se produjera un solo escrito.

Se logra cumplir con el propósito con grandes esfuerzos. Con una unidad real, a la luz de la fe, siguiendo el método ver, juzgar y obrar, se redactó un solo texto, atravesado por las categorías de “comunión y participación” como hilo conductor. Sus partes se iluminan y fortalecen mutuamente.

La actitud de Puebla se corresponde con la del Catecismo de la Iglesia Católica. Este es una síntesis orgánica y completa de la doctrina de la fe, dentro de una real “jerarquía de verdades”, que depende totalmente del designio de Dios sobre el mundo. Sólo en la “sinfonía de la fe” se acaba de descubrir la verdad de cada misterio.

La presencia del Papa

La visita del Papa Juan Pablo II a Puebla, en su primer viaje fuera de Roma, tuvo un efecto determinante. Los documentos de consulta y de trabajo prepararon mucho los materiales pero no lograron orden y relieve de temas que ganaran un consenso general.

Al escuchar al Papa que nos enviaba a ser Maestros de la verdad, a ser signos y constructores de la unidad, tuvimos la experiencia de la gracia del magisterio del Papa que nos conducía como Padre y Pastor universal. Esta experiencia tenía la belleza de la verdad misma, y la frescura del primer viaje del Papa. Su servicio de Pastor Universal fue determinante para el desarrollo de la Conferencia y la redacción del documento.

La verdad sobre Jesucristo

El Santo Padre orientó decididamente la marcha de los trabajos cuando nos invitó a ser Maestros de la verdad considerando la verdad sobre Cristo, la Iglesia y el hombre. Empezaba con Cristo. También *Lumen Gentium* empieza así: "*Lumen gentium cum sit Christus*".

"Cristo es la luz de los pueblos". Y *Gaudium et Spes* al acabar su consideración de la situación del mundo, confiesa que Cristo es "la clave, el centro y el fin de toda la historia humana" (10). Vale la pena recordar que el misterio de Cristo ha ocupado un lugar absolutamente privilegiado en los últimos sínodos de los Obispos.

La intervención del Santo Padre ordenó el corazón y los trabajos de la Conferencia.

Sólo la verdad nos hará libres. Es preciso proponerla asombrando con su belleza. La belleza de la verdad que asombra y salva es el amor de Cristo que muere y resucita, es el esplendor de su Pascua.

Verdadero Dios y verdadero hombre

La verdad sobre Cristo comienza a desarrollarse desde la pregunta del Señor a los discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”. La respuesta de Puebla es una: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16).

Esta respuesta se abre en un espléndido arco histórico que presenta a Jesucristo desde la creación del primer Adán hasta la consumación del designio de Dios en la segunda venida de Cristo al final de los tiempos, arco que incluye el arco interior de la vida de Jesús desde su anunciación y concepción hasta su muerte y resurrección (188-210).

En esta breve exposición cristológica, el documento quiere presentar la verdad entera de Cristo en sus rasgos esenciales y excluir las deformaciones y los reduccionismos que falsean el misterio.

“No podemos, dice Puebla, desfigurar, parcializar o ideologizar la persona de Jesucristo, ya sea convirtiéndolo en un político, un líder, un revolucionario, o un simple profeta, ya sea reduciendo al campo de lo meramente privado a quien es el Señor de la historia” (178).

De esta manera, el Documento ya se hace expresión de una “teología histórica y concreta”, como había pedido Pablo VI.

Puebla, que enfrentaba el peligro del desvanecimiento del misterio de Cristo, como fiel testigo de la fe católica, confiesa clara y firmemente que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, expresando así la fe de la inmensa mayoría de los latinoamericanos que creen en Jesucristo el Señor.

Puebla confiesa la verdad de la divinidad del Señor Jesucristo: Dios verdadero, igual al Padre y al Espíritu, en el misterio trinitario. La cristología poblana no es un cristomonismo, como lo señalaba con sabiduría el Cardenal Aloisio Lorscheider durante la Conferencia, sino una cristología engarzada en el misterio de las tres Personas divinas y en la economía de las misiones.

Puebla confiesa la verdad de la humanidad del Señor: hombre verdadero, nacido de María, igual a todo hombre, perteneciente a la humanidad que procede de Adán. Presenta a Jesús en medio de su pueblo, compartiendo su cotidianidad, sus gozos y sus angustias. Jesús ha asumido todo lo humano y ha tocado en alguna forma a todos los hombres.

Puebla enseña que el misterio entero de Cristo es fundamento para una correcta evangelización que abarque todos los ámbitos de la existencia humana, también lo económico, lo social y lo político, y que comprenda a todos los hombres, privilegiando a los pobres y necesitados, porque la evangelización, como la redención, es obra de justicia y misericordia. En la misericordia con los más necesitados se manifiesta y garantiza la gratuidad de toda acción evangelizadora.

Jesucristo no sólo reclama toda justicia y solidaridad, sino que con su pasión sostiene en el dolor al que sufre y es marginado, y otorga a su sacrificio unido al suyo valor de gracia y gloria.

El Cristo de Puebla, si así nos animamos a hablar, es un Cristo “vivo, presente y actuante en su Iglesia y en la historia” (177) que mueve a transmitir su verdad y su misterio a todos los hombres y a todos los pueblos.

El realismo de la Iglesia en su fe se manifiesta en la confesión de la nueva realidad que adviene a la creación gracias a la encarnación redentora, a la regeneración del bautizado y a la transubstanciación del pan eucarístico. En los tres casos se verifica un cambio ontológico: por la encarnación, uno de la Trinidad se hace uno de la humanidad; en la justificación por la gracia, el hombre se hace hijo de Dios; y por la consagración eucarística, el pan se hace cuerpo de Cristo y el vino se hace sangre del Señor. Es que el Cristianismo es una cuestión de ser, del ser de Dios, del hombre y de las cosas.

Los pastores en Puebla quisimos confesar otra vez la verdad del designio de Dios de un mundo nuevo, incoación del Reino de Dios, comienzo de la gloria, aún cargado con el peso de los peca-

dos de sus miembros, que somos todos los bautizados, necesitamos de purificación y de curación permanente. La maravilla del Reino impulsa a combatir el escándalo y la tragedia del pecado de la injusticia, y a favorecer el compromiso por la liberación de nuestros pueblos.

El gozo de la Evangelización

Puebla anuncia que va a hablar de Jesús con un gozo profundo. Jesucristo es buena noticia siempre. El es el Evangelio. Es el gozo de quienes han experimentado las maravillas de la gracia. Es el gozo de Pascua de Resurrección y de Pentecostés. Es el gozo misionero de la Iglesia en América, es el gozo de la Evangelización: “Solidarios con los sufrimientos y aspiraciones de nuestro pueblo, sentimos la urgencia de dar lo que es específico nuestro: el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios. Sentimos que ésta es la “fuerza de Dios” (Rom 1,16) capaz de transformar nuestra realidad personal y social, de encaminarla hacia la libertad y la fraternidad, hacia la plena manifestación del Reino de Dios” (181).

Jesucristo envía su Espíritu de filiación

En su cristología trinitaria, Puebla nos dice: “La alianza nueva que Cristo pactó con su Padre se interioriza por el Espíritu Santo” (199). Es Cristo quien escribe la ley de la Nueva Alianza que es la caridad, escrita no en tablas de piedra, sino en nuestros corazones, no con tinta sino con el Espíritu Santo. Por lo tanto no cumple la ley quien se ajusta simplemente a su prescripción sino quien, conducido por el Espíritu Santo, obedece a Dios Padre. Aun el Evangelio, sin el Espíritu, es letra que mata.

Por eso Puebla añade: “la renovación de los hombres y consiguientemente de la sociedad dependerá en primer lugar del Espíritu Santo. Las leyes y estructuras deberán ser animadas por el Espíritu que vivifica a los hombres y hace que el Evangelio se encarne en la historia” (199). Donde está el Espíritu, allí está la libertad.

Comunión y participación

Al final de las enseñanzas sobre Jesucristo Puebla hace una exposición muy lograda sobre lo que constituye el hilo conductor del Documento - Comunión y participación -. “Después de la proclamación de Cristo que nos revela al Padre y nos da su Espíritu, llegamos a descubrir las raíces últimas de nuestra comunión y participación” (211).

“Cristo nos revela que la vida divina es comunión trinitaria. Padre, Hijo y Espíritu viven en perfecta intercomunión de amor el misterio supremo de la unidad. De allí procede todo amor y toda comunión, para grandeza y dignidad de la existencia humana” (212).

Puebla es ininteligible sin el misterio de Cristo que revela la Trinidad. Es la raíz de su doctrina sobre la Evangelización liberadora que lleva a la comunión. La Evangelización es un misterio cristológico y trinitario. Callar a Cristo es quitar el fundamento del documento, apagar su luz primera e integradora.

El misterio de la comunión atañe a lo más profundo del hombre. “La comunión que ha de construirse entre los hombres abarca el ser desde las raíces de su amor y ha de manifestarse en toda la vida, aun en su dimensión económica, social y política” (215). “Esa comunión que reside en el corazón redimido es la que buscan las multitudes de nuestras tierras cuando se entregan confiadas a la Providencia del Padre ... y cuando se signan en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (216). Ellas viven misteriosamente la verdad de la Iglesia como “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4).

La verdad sobre la Iglesia

Uno de los grandes desafíos de Puebla fue ofrecer una doctrina sobre la Iglesia. Lo señalaban los Obispos delegados.

Se puede decir que Dios bendijo sus trabajos para que se redactaran líneas fundamentales de una eclesiología que se ha llamado “de

comunión” y que constituye también una parte muy lograda, en estrecha vinculación con la cristología, notable por la síntesis armónica de su enseñanza de fe, por la referencia lúcida y profunda a los acontecimientos históricos de entonces y por la fuerza profética de su estilo que movilizó hondamente a muchos corazones del continente y fuera de él.

Dos presencias inseparables

Puebla empieza por señalar que la de Cristo y la de la Iglesia son dos presencias inseparables: “La presencia viva de Jesucristo en la historia, la cultura y toda la realidad de América Latina es manifiesta. Esta presencia, en el sentir de nuestro pueblo, va inseparablemente unida a la de la Iglesia”... “La Iglesia es inseparable de Cristo porque El mismo la fundó... constituyéndola como sacramento universal y necesario de salvación” (221-222).

La Iglesia es “camino normativo”. “Quien a vosotros escucha a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza” (Lc 10, 16).

La Iglesia es un legado del amor de Jesús, que debe ser objeto de la fe y el amor de los hombres.

La “necesidad” de la Iglesia para la salvación es una cualidad que está en el nivel del amor gratuito: Debemos encontrar el don de la salvación donde Dios lo ofrece, porque así, sólo así se vive la verdad y la belleza de la gracia, de Dios que quiere ser acogido como don y no como cosa.

Pueblo de Dios

El haber elegido como nombre de la Iglesia “Pueblo de Dios” después del Vaticano II, pone a Puebla en la tradición del Concilio con un significado muy grande.

Aceptando las diversas imágenes con las cuales se nombra a la Iglesia, y dando a cada una su propio valor, se debe decir que Pueblo de Dios tiene significaciones muy importantes, entre otras, el relacionar a la Iglesia con el Pueblo de Israel, del cual es, por Cristo, plenitud.

Significa también que la Iglesia tiene vínculos profundos con la historia salvífica y con la historia en general, porque la Iglesia vive en medio de los acontecimientos de la humanidad, con el mandato universal de la misión. Puebla manifiesta con este nombre el experimentar vivamente la inserción de la Iglesia en toda la humanidad y toda su historia, en su historia de pecado y redención, su historia de injusticia y exclusión, y en su vocación universal de liberación y gracia. La Iglesia, como Cristo, no tiene otro destino que ser servidora de la salvación del mundo.

Pueblo significa también que es una multitud, no un grupo pequeño, y que está llamado a la comunión de todos los hombres.

La catolicidad es una de sus notas

La relación entre las personas, sin embargo, debe ser personal y con fuerza para hacerse íntima a través del combate espiritual, porque el amor tiene como ley intrínseca el crecimiento.

Para la elección de la categoría de “Pueblo de Dios” en Puebla como denominación privilegiada de la Iglesia, se dice con buen tino que pudo influir el hecho de que en América Latina tenemos la gracia de que la Iglesia constituye la mayoría de los creyentes, que la fe católica constituye el vínculo más fuerte de comunión entre los pueblos y que las multitudes de católicos se expresan públicamente con frecuencia en peregrinaciones, procesiones y otras celebraciones.

Pueblo de Dios e Iglesia Popular

La verdad de la Iglesia como Pueblo de Dios ha corrido el peligro de su deformación. La tensión entre la concepción temporalizante como pueblo secular y la de Pueblo de Dios que “se ata desde arriba”, se ha resuelto muchas veces con desequilibrio. Puebla ha dado una solución correcta que ha defendido a la Iglesia en Latinoamérica de muchos errores y le ha permitido llegar a Santo Domingo y a nuestros días con total fidelidad al misterio de la Iglesia Católica.

No cabe identificar a la Iglesia como un pueblo secular más, o como una ONG, ni corresponde oponer una iglesia popular a otra institucional u oficial. La única Iglesia es la del único Jesucristo en el misterio único de la Santísima Trinidad. Todos sus miembros son hijos de Dios y todos ellos son hermanos entre sí. Todos son iguales en la única vocación, la eterna comunión con Dios. Las diferencias auténticas que existen son servicios de fraternidad. En la Iglesia sólo es más el que ama más.

Eclesiología de comunión

La profundidad de la relación con Dios y los hombres se expresa en Puebla, porque recuerda que la Iglesia es sacramento universal de salvación es decir, "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1).

Puebla desarrolla esta idea en toda su doctrina sobre comunión y participación, hasta el punto que se hable en Puebla de "eclesiología de comunión".

La eclesiología de comunión en Puebla hay que buscarla ya en la parte cristológica, como corresponde a toda sana eclesiología.

Con la ayuda de las diversas denominaciones que se da a la Iglesia, se puede comprender mejor la profundidad de la presencia de Cristo en ella. La culminación de esta presencia es la liturgia y en primer lugar la Eucaristía. Puebla tiene un hermoso texto al respecto: "La liturgia ... es cumbre y fuente de la vida eclesial. Es encuentro con Dios y los hermanos, banquete y sacrificio realizado en la Eucaristía, fiesta de comunión eclesial, en la cual el Señor Jesús, por su misterio pascual, asume y libera al Pueblo de Dios y por él a toda la humanidad cuya historia es convertida en historia salvífica para reconciliar a los hombres entre sí y con Dios" (918).

La enseñanza sobre comunión y participación es completada muy ricamente cuando Puebla trata de los centros, agentes, medios y diálogo de comunión y participación. En esos lugares se puede conocer la amplitud y la profundidad de la doctrina.

Pueblo, Familia de Dios

La Iglesia es realmente Familia de Dios, enseña Puebla en otro de los tramos excelentes. Esta es una de las características propias de la eclesiología poblana.

Es familia porque el Padre reúne a los hijos que engendra por la Iglesia misma en el bautismo con la fuerza del Espíritu Santo para amarlos en Cristo con el mismo amor con que ama a su Hijo.

Todos son iguales, con la diferencia única del amor

Con la dignidad de hijos del Padre se hacen hermanos de los hombres en una fraternidad que Dios quiere sea universal y se hacen señores del mundo por el trabajo, que comparte hasta las cosas en la administración de la única familia.

La comunión familiar, que es interior, debe exteriorizarse para que las estructuras de la sociedad sean fraternas y solidarias.

Puebla vuelca las categorías familiares a la teología de la Iglesia y la enriquece, para concebir la unidad de los diferentes, poniendo como mesa de la familia la Eucaristía en que Cristo se hace vida de los comensales al incorporarlos a su misterio. Es una exposición muy piadosa, donde aparece la autoridad como servicio paterno que trae el amor de Dios hasta la misericordia del perdón.

Iglesia de la evangelización

La Iglesia en Puebla es la Iglesia de la evangelización, que constituye su más profunda identidad.

272

Por lo tanto no se puede entender la Iglesia sino en la evangelización liberadora que desde Cristo, como su sacramento, sirve a la humanidad para ofrecer la gracia de la liberación del pecado y la fuerza para hacerla íntegra, en la lucha contra la injusticia, la marginación, la pobreza.

La eclesiología de Puebla es católica y misionera, porque busca la evangelización de todos los hombres. Es muy fuerte su espíritu de catolicidad. En cambio no desarrolla la dimensión misionera ad gentes.

Por su opción preferencial por los pobres, Puebla sigue la tradición que arraiga en el más puro evangelio. Subraya hasta la saciedad esta característica. Hizo un esfuerzo muy grande para que la Iglesia en la verdad de su compromiso por los problemas de la justicia y la solidaridad, no fuese considerada como un pueblo secular o una ONG más, por importante que fuese.

Cultura, liberación y promoción humana

La correcta concepción de la liberación como parte integrante de la evangelización fue buscada también con el tratamiento de la cultura.

Cuando Puebla se pregunta “Qué es evangelizar”, desarrolla la respuesta en un orden que revela otra vez su espíritu de universalidad y su atención a la jerarquía de verdades: la Evangelización es un misterio de gracia destinado a todos los hombres para santificarlos en toda su humanidad, en todas sus relaciones, liberándolos de toda esclavitud.

La acción evangelizadora debe abrazar, por lo tanto, la cultura en cada persona y en cada pueblo, porque la cultura no es otra cosa que el cultivo del hombre para desarrollar todas sus capacidades como ser individual y social.

La presentación, en primer lugar, de la cultura permite a Puebla ubicar la acción liberadora y de promoción humana dentro de la totalidad del perfeccionamiento de la persona y la sociedad, de suerte que haya orden de valores en un proceso único. La evangelización, que no es sino la extensión del misterio pascual de Cristo hacia la humanidad, incluye también como espacio suyo la liberación y la promoción humana integral. La evangelización asume la liberación como parte de la cultura y en el movimiento del Espíritu de Cristo Resucitado, la purifica y la eleva. La evangelización no es ajena a la liberación temporal, pero tampoco se identifica con ella.

María, Madre y modelo de la Iglesia

Puebla es muy conciente de la importancia de María en la nueva Evangelización de América Latina. Su historia trae en su corazón la imagen y la ternura de María de Guadalupe. La Iglesia la tiene en su corazón porque es simplemente su Madre.

María es presentada en primer término como Madre de la Iglesia. Con respecto a Jesús, el primer atributo de María es ser Madre. Con respecto a la Iglesia, el primer título es también su maternidad. Porque es Madre de Cristo es Madre de la Iglesia.

María nos genera en Cristo para la vida de redimidos. Ella es por quien nuestra humanidad cautiva del pecado se hace humanidad liberada en el seno de la Iglesia. María nos engendra para la libertad de los hijos de Dios.

Ella pertenece a la integridad del misterio de Cristo y de la Iglesia, al misterio de la evangelización y de la liberación. "No se puede hablar de la Iglesia, si no está presente María" (*Marialis cultus* 28), decía Pablo VI y repite Puebla (291).

Aquí hay que decir de modo especial que la profundidad de la síntesis doctrinal no obstaculiza la belleza y la piedad de sus expresiones.

Es modelo de la Iglesia

"Ella es la creyente... la perfecta discípula que se abre a la palabra... cuando no la comprende la medita y la guarda... Su fe la impulsa a subir el calvario y a asociarse a la cruz... es la Virgen fiel, en quien se cumple la bienaventuranza mayor: feliz la que ha creído" (292-296). María es Madre de Dios por su fe."

Por medio del sí de María, Jesús recibió la herencia de la humanidad de Adán, herencia del pecado y de la promesa de redención, cuyo cumplimiento se realizaría por anticipado en ella misma, concebida sin pecado y llena de gracia. Ella es una mujer santísima, la

más semejante a su Hijo, que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio. Ella es la mujer del silencio y la humildad, del trabajo y la ternura de Nazareth, la del dolor sin medida de la Cruz, del gozo inefable de la resurrección de su Hijo y la efusión del Espíritu sobre la Iglesia naciente.

El puesto que ocupa María en el documento la muestra como la primera Iglesia: después de la Resurrección de Cristo, ella es la primera plenitud de gloria en una persona humana. El modelo de América es Jesús, el Hombre Nuevo, y por El, con El y en El, es María Santísima. Como Madre, María “despierta el corazón filial que duerme en cada hombre” (295).

La riqueza objetiva de María constituye un momento fundamental de la respuesta de Puebla a los signos de los tiempos: América y el mundo necesitaban un modelo de persona humana, de mujer Virgen y Madre, llena de Dios y llena de historia. María, pertenece a la respuesta de liberación dada por Puebla.

Puebla que es Iglesia, responde desde el corazón de Dios haciendo suya la Palabra que es Cristo y desde el corazón de María, haciendo suya la obediencia de la fe en el sí de María.

El estudio de la eclesiología de Puebla debe completarse con el estudio de todo el documento.

Puebla ha sido testigo de la fe que anida en el corazón del pueblo latinoamericano y confesó con esplendor la verdad de Cristo, de la Iglesia y del hombre para sostener su amor apostólico y su opción preferencial por los pobres. Su magisterio se ha incorporado a la historia de la Iglesia.